

La familia, el trabajo flexible y los riesgos que corre la cohesión social

Martin CARNOY*

Para analizar los cambios que se producen en la vida laboral, en cualquier momento de la historia, es necesario comprender las relaciones de las mujeres y los hombres con las instituciones sociales ajenas al lugar de trabajo, especialmente la familia y la comunidad. Y ello es hoy más necesario que nunca porque la mujer se ha reincorporado masivamente al empleo remunerado, en una época de profunda transformación del centro de trabajo, la familia y la comunidad. El presente artículo trata de la situación de la familia en una economía que se está mundializando, de la influencia de esos cambios en la manera en que las mujeres y los hombres de la sociedad posindustrial afrontan la era de la información y de cómo ha de modificarse la política social para que cumpla su función en el nuevo entorno.

Fuerzas que impulsan la transformación de la familia y del trabajo

La mundialización y la mayor competencia económica que entraña están alterando profundamente la forma en que vivimos y nos relacionamos con los demás. Para empezar, el trabajo está sufriendo una transformación tal que es posible que en el futuro el concepto de «empleo» tenga un significado totalmente distinto. La intensificación de la competencia a escala mundial obliga a las empresas a estar muy pendientes de los costos y la productividad. Muchos empresarios han optado por reorganizar el trabajo en torno a una dirección descentralizada, la fabricación de productos a medida y la diferenciación del trabajo, de manera que las tareas se individualizan y a los trabajadores se los clasifica en función de la labor que hacen. Con todo ello se facilita considerablemente la subcontratación de tareas, el empleo de trabajadores a tiempo parcial y la asignación de mano de obra temporal a algunos cometidos específicos,

* Catedrático de Educación y Economía de la Universidad de Stanford. Este artículo se basa en un libro del mismo autor, *Sustaining flexibility: Work, family, and community in the information age* (Harvard University Press, Russell Sage and Editions Fayard), que aparecerá próximamente.

mientras que el trabajo «esencial» es un conjunto de funciones que lleva a cabo un equipo de trabajadores polivalentes. A los trabajadores se los clasifica no tanto con arreglo a los empleos de larga duración que desempeñan cuanto con arreglo a los conocimientos que han acumulado estudiando y trabajando. La adquisición de una «cartera de conocimientos» les permite cambiar de empresa e incluso de tipo de actividad a medida que los puestos de trabajo se van redefiniendo y la demanda se va modificando.

La individualización y la diferenciación hacen que cada vez más trabajadores dejen de ocupar el tipo de empleo – permanente, a tiempo completo y en empresas estables – que caracterizó el desarrollo de Europa, Japón, Estados Unidos y otros países industrializados tras la Segunda Guerra Mundial. Una revolución anterior de la actividad industrial abrió una brecha entre los trabajadores y los productos que fabricaban (conforme a un modelo taylorista); ahora, los nuevos cambios están disolviendo la identidad que los obreros adquirieron en la esfera de las instituciones industriales, especialmente la empresa y el sindicato. Los trabajadores se están alejando tanto de sus identidades tradicionales, construidas a lo largo de más de un siglo, como de las redes sociales que les permitieron acceder a la seguridad económica. El puesto de trabajo y todo lo que se organiza a su alrededor – los amigos de la empresa, los lugares donde se reúnen al acabar la jornada, el sindicato, e incluso el transporte colectivo – pierden su función social; se están volviendo tan «permanentemente temporales» como el trabajo mismo.

Los elementos tradicionales de integración social, aparte del propio lugar de trabajo y las redes sociales que se tejen en torno a la actividad laboral, son la familia y la comunidad. En épocas de transición, ya sea de una sociedad agrícola a otra industrial, de una industrial a una posindustrial, o (como ahora) de una local o nacional a otra mundial, es sobre todo a la familia y a la comunidad a quienes incumbe mantener la cohesión social. Asimismo, la familia transmite gran parte de los conocimientos prácticos y teóricos que los más jóvenes han de adquirir para prosperar en el mundo laboral de los adultos. Por eso no es de extrañar que, siempre que se producen estas transformaciones en los centros de trabajo, las familias y las comunidades formadas en torno a las organizaciones laborales se vean sometidas a una gran tensión.

La familia ha cambiado profundamente durante los últimos cien años. Las mujeres han venido rechazando, paso a paso, el papel de responsables únicas de la cohesión social y de la educación de la generación siguiente. El proceso se inició a finales del siglo XIX, cuando empezaron a reducir el tamaño de la familia mediante la abstinencia sexual. Tener menos hijos facilitaba la cohesión social: las mujeres podían dedicar más tiempo a actividades que reforzaban la comunidad y crearse una vida social propia fuera de la familia, lo cual las llevó incluso, y cada vez más, a incorporarse al trabajo. Pero la última batalla de la rebelión de la mujer, que comenzó en varios países a finales de los años sesenta, se libró contra las relaciones entre los sexos que están implícitas en la familia y en el trabajo. Las mujeres rechazaron la identidad de amas de casa que les asignaba la sociedad industrial. Muchísimas mujeres casadas se incorporaron al mercado de trabajo, primero a tiempo parcial y después a tiempo completo.

Muchas de ellas acabaron siendo cabezas de familias en las que no había hombre. Y todo esto ocurrió tanto *antes* como *independientemente* de la mundialización y de la llegada de la nueva tecnología de la información.

Así es que cuando, tan sólo unos años después, se produjo una reestructuración de los centros de trabajo, era inevitable que los empresarios tuvieran en cuenta ese deseo nuevo de trabajar de las mujeres y que contrataran a gran cantidad de ellas: eran una nueva fuente de mano de obra, con un nivel de instrucción relativamente alto. Mientras tanto, la familia nuclear en la que la madre está enteramente dedicada al hogar – la familia que mantuvo y nutrió la Revolución Industrial – se ha transformado. El nuevo estilo de organización del trabajo que responde con éxito a las presiones competitivas de una economía mundializada ha llegado a depender de esa mano de obra femenina – esposas y madres – cada día más abundante, que es relativamente barata y muy productiva y flexible. Y esto ha ocurrido precisamente cuando más se necesita una familia fuerte e integradora, que disponga de tiempo y energía suficientes para invertir en la educación y el bienestar de los adultos y de los hijos menores durante la difícil transición hacia nuevas formas de vida laboral y personal.

Además, las comunidades que se desarrollaron durante la Revolución Industrial, como las poblaciones surgidas en torno a una fábrica y las ciudades industriales, con sus enclaves muy organizados de carácter suburbano, étnico o de otro tipo, se han fragmentado por el desplazamiento, característico de la época posindustrial, hacia las nuevas formaciones urbanas o «metápolis» (Ascher, 1998). Una oleada de emigraciones aceleradas de las ciudades a los suburbios ha destruido en gran parte la base material de la sociabilidad vecinal. La mundialización produce sistemas de trabajo que son menos seguros y más dispersos geográficamente que los creados por estilos anteriores de organización de la producción. Hoy la norma es la familia en la que los dos adultos trabajan, y padres e hijos tienden a crear redes dentro de las diversas instituciones donde pasan el tiempo, en vez de socializarse en una misma comunidad por razones de proximidad. Esto hace que esas comunidades, de por sí semitransitorias, contribuyan aún menos a integrar a los trabajadores «desagregados» de esta época mundializada.

No es fácil desentrañar el significado que este proceso conjunto de reestructuración de la familia y el trabajo tiene para la vida cotidiana de los 800 millones de hombres y mujeres que pueblan los países posindustriales, puesto que se están produciendo muchos cambios al mismo tiempo:

A. La familia atraviesa una profunda transformación. En todo el mundo, las mujeres están exigiendo y conquistando nuevos derechos, como la igualdad de acceso al trabajo remunerado (y a veces a la igualdad de retribución), que modifican las relaciones tradicionales en el seno de la familia. En todos los países desarrollados, se muestran mucho menos dispuestas que hace sólo una generación a dedicar su vida a criar a los hijos. Aunque, como es lógico, esa transformación de la familia reviste formas muy distintas según los países. En la Europa meridional y Japón, las tasas de divorcio son mucho más bajas que en la Europa septentrional, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y lo mismo sucede con las tasas de actividad económica de la mujer, pues son

menos las mujeres casadas con hijos que trabajan y se mantienen más las estructuras familiares tradicionales. Cabe preguntarse si estas diferencias de orden cultural serán duraderas o sólo temporales, y si estamos viviendo un proceso inexorable de cambio en las relaciones entre los sexos que, cualesquiera que sean sus variaciones actuales, terminará por propagarse a todas las sociedades desarrolladas y por modificar la familia.

B. También se están transformando los mercados de trabajo, aunque igualmente de manera distinta según el país y condicionados, al parecer, por los cambios (o la inexistencia de ellos) en la familia. ¿Se están extendiendo y acelerando los cambios en la familia debido a esta nueva transformación de la vida de trabajo? ¿Hay una relación, incluso de dependencia, entre el empeño actual de las empresas por flexibilizar los mercados de trabajo y la existencia de familias diferentes y mucho más «flexibles»?

C. Los mercados de trabajo actuales exigen mucho a las familias. Para abrirse camino en esos mercados hoy flexibles, los trabajadores precisan de amplias redes de información. Los que poseen más y mejor instrucción tienen más acceso a la información, se integran en redes más amplias y disponen de más opciones, de manera que pueden adaptarse al cambio con más facilidad. Los mercados de trabajo favorecen a los padres muy instruidos y los estimulan a dar una educación mejor a sus hijos. Las redes necesarias para actuar con eficacia en unos mercados de trabajo flexibles exigen unas formas de toma de decisiones y de organización más complejas que antes. Las familias que carecen de la capacidad de adoptar decisiones bien fundadas o de los recursos necesarios para ponerlas en práctica también se ven obligadas a ser flexibles, pero son mucho menos sostenibles. En algunos países se subvencionan con fondos públicos sistemas de apoyo a las parejas trabajadoras para que les resulte más fácil simultanear su actividad laboral con la crianza de unos hijos saludables. En otros, en cambio, la crianza de los hijos recae únicamente en esa familia en rápida transformación, con todos los apremios que ello acarrea, ya que las jornadas laborales siguen siendo largas. ¿Necesita la familia nuevas formas de ayuda? ¿Pueden los centros de trabajo asumir nuevas funciones en ese ámbito? Sin nuevos sistemas que las ayuden a adquirir las capacidades necesarias, ¿pueden las familias adaptarse bien al nuevo entorno?

Ante la transformación radical que están sufriendo el trabajo y la familia, la sociedad posindustrial se enfrenta a una contradicción: el trabajo de hoy día exige familias estables, muy organizadas y bien informadas, que puedan respaldar a todos sus miembros cuando éstos intentan actuar en un entorno laboral flexible; ahora bien, el nuevo entorno profesional se caracteriza por una mayor inestabilidad, lo que hace que los integrantes de la familia cambien más a menudo de situación laboral, y es muy posible que los nuevos empleos obliguen a adquirir nuevas capacidades y, por tanto, más instrucción. Como no se vislumbra el final de esta pauta, las presiones que actualmente se ejercen sobre los adultos para que eleven su nivel de preparación por exigencia de su trabajo serán aún mayores en el caso de sus hijos. Así pues, la intervención de la familia

en la educación de los niños es no sólo más importante que antes sino también más complicada.

Todo ello supone una enorme tensión para la familia. Vislumbrando esos problemas, muchos jóvenes dudan a la hora de formar una familia y los vínculos que establecen suelen ser más inestables, lo cual desemboca en una grave contradicción social: el nuevo sistema de trabajo obliga a invertir en conocimientos aún más que antes y las familias son un instrumento decisivo para adquirirlos, tanto para los adultos como para los niños. Así, el nuevo sistema de trabajo desestabiliza a la familia clásica dedicada a los hijos, degradando una institución que es crucial para impulsar el desarrollo económico.

Una solución a esta contradicción podría consistir en mantener unos mercados de trabajo más tradicionales y rígidos, propios de la época industrial, en los que los hombres son los encargados de llevar el dinero a casa y que están organizados para proteger a los asalariados. Pero la experiencia de países como España o Italia, donde los mercados de trabajo estructurados son todavía bastante rígidos, muestra que esta solución no da buenos frutos. No sólo es difícil mantener la rigidez del mercado ante la competencia mundial; además, se basa en el trabajo masculino y tiene poco en cuenta la lucha que las mujeres han librado para conseguir una nueva identidad. Y aunque la rigidez de los mercados laborales es sólo una de las muchas causas del alto nivel de desempleo que existe actualmente en la Europa continental, tiene también consecuencias imprevistas y nada deseables: contribuye a elevar el desempleo juvenil y, por lo tanto, a retrasar el matrimonio, e incluso a bajar las tasas de fecundidad (véase *infra*). Este efecto de la rigidez sobre la fecundidad se debe a que en esos mercados, dominados como están por los hombres, la maternidad incrementa el riesgo de quedarse sin trabajo que corren las trabajadoras colocadas en un empleo fijo. Así pues, aunque la rigidez del mercado laboral puede hacer más tranquila la vida del hogar, pues deja más tiempo libre para dedicarlo a la familia, en el entorno actual de las nuevas funciones de la mujer y de la competencia mundial tiende a reducir la constitución de nuevas familias y a incrementar la tensión, al verse obligadas las mujeres a mantener unas funciones tradicionales que no las satisfacen.

La nueva identidad que se están forjando las mujeres y la mayor carga que supone para la familia la producción flexible pueden también plantear graves problemas económicos. Como los mercados laborales se hacen inevitablemente más flexibles, con una mayor incorporación de la mujer casada al trabajo remunerado mientras que del hombre se espera que tenga horarios variables, sin que por ello reste dedicación a su trabajo, la productividad laboral y la estabilidad sociopolítica estarán condicionadas por la manera en que se produzca el ajuste entre las estructuras privadas y familiares y el apoyo oficial a la familia. Paradójicamente, las sociedades cuyos mercados laborales son hoy menos flexibles quizás sean las que estén en mejores condiciones para adoptar una mayor flexibilidad si son capaces de mantener las estructuras públicas y privadas de apoyo a la familia ya existentes. Y las que tienen los mercados de trabajo más flexibles son quizás las peor situadas para mantener esa ductilidad, a no ser que modifiquen drásticamente los sistemas de apoyo a la familia.

En un sistema de trabajo flexible la familia ocupa un lugar preeminente en la actividad productiva y reproductiva. Como los mercados laborales flexibles plantean nuevas exigencias a la familia tradicional, y como ésta en cuanto forma social está desapareciendo con tanta rapidez en los países desarrollados, es posible que, para que consiga sobrevivir, tenga que ser replanteada con ayuda de la comunidad y del Estado. Pero antes de ocuparnos del tipo de ayuda que se puede precisar conviene que tengamos una idea más clara de cuáles son los cambios reales que vive la familia en los países industrializados.

Historia esquemática de la familia

Un análisis esclarecedor de la familia es el elaborado por Young y Willmott (1973), quienes dividen su historia en tres fases.

La primera fase fue la de la «familia como unidad de producción»¹, en la que todos los miembros trabajaban en el hogar, en el campo o en una pequeña industria familiar; el trabajo doméstico, la crianza de los hijos y la producción para el mercado se efectuaban en el mismo sitio. Los hombres y las mujeres dependían totalmente unos de otros y el hogar era el centro de todas las actividades, comprendida la generación de ingresos.

En la segunda fase, se desbarató esa familia centrada en el hogar, con consecuencias desastrosas para la mujer. Lo mismo los hombres que las mujeres (y los niños) trabajaban fuera del hogar; pero si había niños pequeños, la mujer no podía trabajar y los hombres controlaban los ingresos. Los hombres no veían muchas ventajas en limitar el número de hijos, pues seguirían ganando ellos el sustento y los niños podían empezar a trabajar a temprana edad. Las principales víctimas de esta situación eran las mujeres y, en segundo lugar, los hijos.

Hacia el final de esta fase se sitúa una etapa importante – y poco estudiada – de la lucha de la mujer por ser dueña de su cuerpo y de su tiempo. A finales del siglo XIX, las mujeres de clase media aprendieron a conocer sus ciclos de fecundidad y simplemente se negaron a mantener relaciones sexuales durante los períodos en que tenían más probabilidad de quedarse embarazadas. Aunque se difundió con lentitud, esta práctica, junto a los nuevos anticonceptivos, las leyes sobre el trabajo infantil y la instauración de la escolarización obligatoria (lo que hizo que tener hijos fuera cada vez más costoso), redujo el tamaño de la familia incluso antes de la Primera Guerra Mundial. Se tendía así a familias más pequeñas, emulando a las clases medias cada día más prósperas. Asimismo, gracias a los movimientos de liberación de la mujer de finales del siglo XIX,

¹ Esta primera producción familiar es, a mi juicio, inseparable de la reproducción, mientras que para Young y Willmott (1973) la familia se dedica enteramente a la producción. Estas dos visiones ponen de manifiesto lo difícil que es separar la producción de la reproducción en la cultura de subsistencia. No obstante, en algún momento, esa producción de subsistencia familiar pasa a ser una fuente de acumulación, de manera que la familia produce con su trabajo mucho más de lo estrictamente necesario para satisfacer sus necesidades básicas, lo cual la convierte en una unidad de producción.

mejoraron las posibilidades legales de las mujeres de dejar a los maridos que las maltrataban.

Reducido así el tamaño de las familias a finales del siglo XIX y principios del XX, las mujeres casadas empezaron a volver poco a poco al trabajo una vez transcurridos los veinte años de matrimonio, más o menos, que les llevaba criar a sus hijos hasta los 14 años, edad a la que solían terminar los estudios y ponerse a trabajar. Aunque era todavía bajo en los años veinte, el porcentaje de mujeres casadas que ejercían un trabajo asalariado fue creciendo hasta la gran depresión de los años treinta. El otro factor que transformó la vida familiar fue la aparición de los electrodomésticos y otros aparatos para el hogar – refrigeradores eléctricos, estufas, lavadoras, etc. –, que revolucionaron las tareas domésticas e hicieron que a los hombres les resultara más interesante participar en el funcionamiento de la casa. Menos hijos y más ingresos hacían más agradable el entorno doméstico. Las familias disponían incluso de excedente que gastar en bienes que no eran estrictamente necesarios para su subsistencia. La familia se fue convirtiendo cada vez más en un centro de actividad tanto para el hombre como para la mujer, y ambos formaban una unidad de consumo radicada en el hogar y la familia. Young y Willmott (1973) ven en ella un elemento crucial de la expansión de la economía nacional en la etapa industrial del desarrollo, y en el mayor consumo de bienes duraderos, su nueva y principal función económica. Así pues, en vez de limitarse a producir mano de obra barata para la expansión industrial (segunda fase) – sobre todo a costa de la mujer como responsable de la reproducción mientras que el hombre llevaba una vida esencialmente distinta –, en la tercera fase, que tuvo lugar tras la Segunda Guerra Mundial, hombres y mujeres se asociaron en el consumo. Muchos pensaban que, una vez liberada de la necesidad de que sus miembros trabajaran juntos, la unidad familiar podría satisfacer otras necesidades y aspiraciones no económicas, más espirituales, y se acercaría más a una unión democrática de compañeros de vida (Calhoun, 1919, citado en Ehrenreich, 1983). La tercera fase alcanzó su punto culminante en los decenios de 1950 y 1960, y aportó el modelo de «familia tradicional» que aún elogian los neoconservadores de casi todos los países industrializados.

Pero Young y Willmott pasan por alto dos importantes aspectos de la familia en esa tercera fase de su historia. En primer lugar, no era sólo una familia consumidora sino también inversora, que dedicaba muchos recursos a sus hijos para que pudieran ganar más que sus padres y ascender por la escala del consumo. Este papel inversor se fue haciendo cada vez más importante tras la Segunda Guerra Mundial, difundiéndose desde las familias de clase media y alta a las de clase trabajadora. Y aunque el propósito original de las medidas en favor de las familias arbitradas por el Estado social en los años treinta fue mantener el consumo, a partir de los años cincuenta este objetivo quedó subordinado al de preservar e intensificar su papel inversor como cantera de una mano de obra potencialmente más productiva destinada a una economía cada vez más flexible y competitiva.

En el decenio de 1980, con la aparición de la producción flexible y el valor cada vez mayor de la educación como factor determinante para lograr un

empleo bien retribuido, esa función inversora de la familia adquirió todavía más importancia. Como lo mismo el padre que la madre trabajaban más incluso cuando los hijos eran pequeños, ambos consumían todo tipo de servicios que antes sólo estaban al alcance de las familias de ingresos más elevados; en el mejor de los casos, esos servicios tenían grandes componentes de inversión, de modo que mejoraban la salud y la educación de los hijos. En Europa y Japón, el Estado facilita o subvenciona el cuidado de los niños pequeños, la educación preescolar y, sobre todo, la atención sanitaria precisamente por su importancia para la función inversora de la familia. Las propias familias – en especial las madres – desean más servicios públicos de este tipo tanto porque necesitan liberarse hasta cierto punto de la crianza de sus hijos como porque creen que esos entornos colectivos son buenos para el aprendizaje.

El segundo aspecto que Young y Willmott no podían prever a principios de los años setenta fue que, incluso cuando la tercera fase alcanzaba su culminación, la familia estaba ya experimentando una transformación. La unidad de consumo, derivada en parte del menor tamaño y los mayores ingresos de la familia, ya estaba disolviéndose cuando redactaban su estudio. Las mujeres querían horizontes más amplios, participar en el mundo social definido por el trabajo y una mayor capacidad decisoria sobre las cuestiones esenciales de la vida de la familia, incluida la división del trabajo en su seno. Al acceder cada vez más al trabajo remunerado, tenían más oportunidades de obtener cierta independencia económica respecto de los hombres. Cuando se elevaron las tasas de divorcio, las mujeres se vieron aún más obligadas a buscar empleo para protegerse económicamente de una posible fractura de la familia y de la consiguiente pérdida de ingresos.

La transformación de la familia

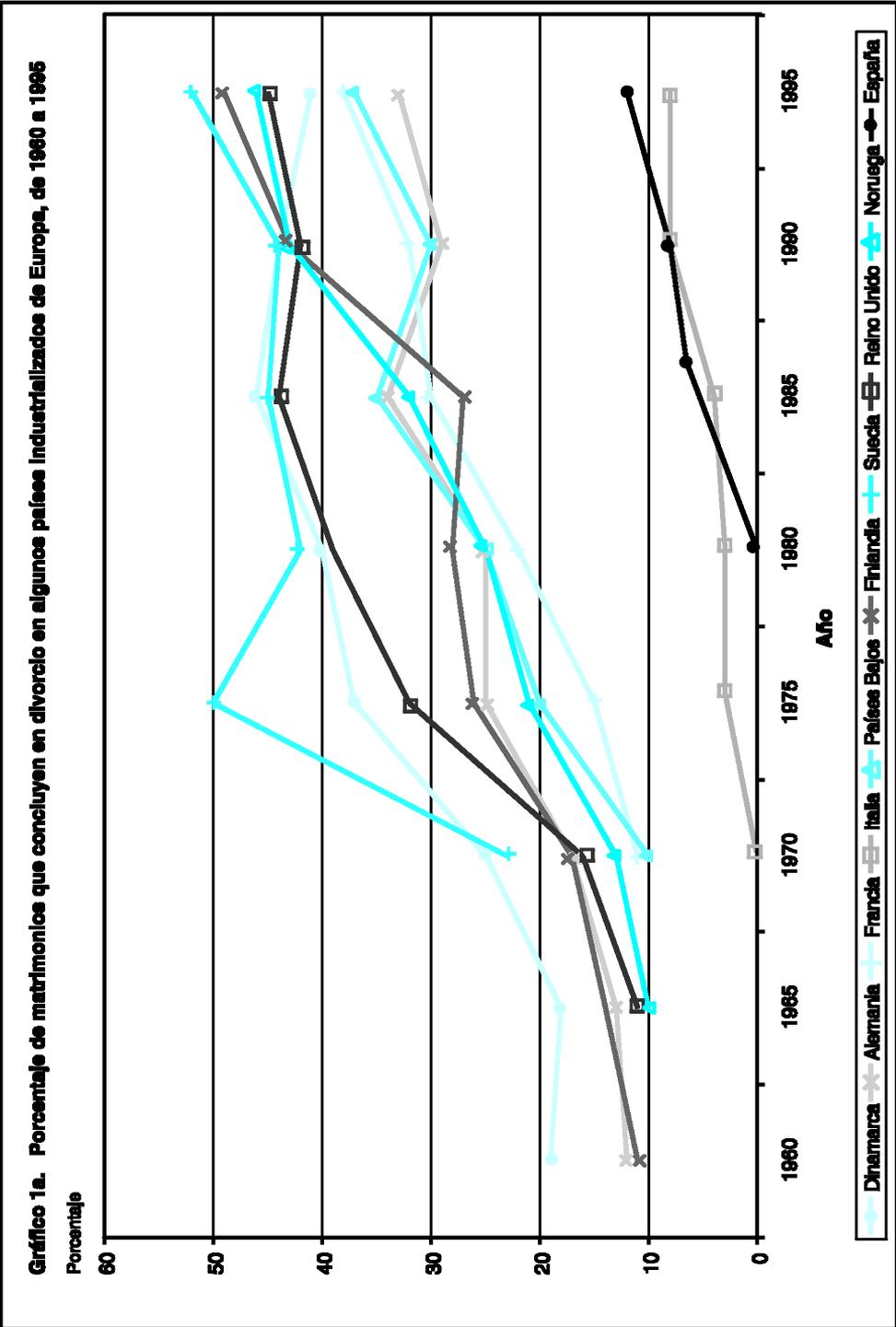
El aumento ininterrumpido del número de mujeres que se incorporan a la población activa en la mayoría de los países industrializados y la constitución de familias con dos personas asalariadas han tenido enormes consecuencias sobre la institución familiar. Como las ha tenido también el hecho de que tanto el hombre como la mujer tengan más facilidades para deshacer el matrimonio y sean más propensos a tomar la decisión (Cherlin, 1981). La familia ha perdido la estabilidad que le proporcionaba el que un miembro de la pareja – por lo general, la mujer – se ocupara solamente del hogar, con lo que se aceptaba que hubiera una única fuente de ingresos. Es más difícil conciliar las aspiraciones laborales de uno y otro con el proyecto familiar común cuando hay dos proyectos individuales y dos horarios de trabajo distintos. La creciente aportación económica de la mujer a los ingresos conjuntos aumenta su capacidad de negociación en el seno de la familia y socava la estructura patriarcal tradicional de ésta.

No es de extrañar, pues, que la interacción de las fuerzas sociales que producen estos cambios esté teniendo un efecto cuantificable en la familia en los países industrializados, además de importantes efectos psicológicos y sociales que son más difíciles de cuantificar. Y ese proceso de cambio no se detiene en las fronteras nacionales.

Con respecto a los países industrializados de la OCDE, los datos ponen de manifiesto tres cambios de importancia:

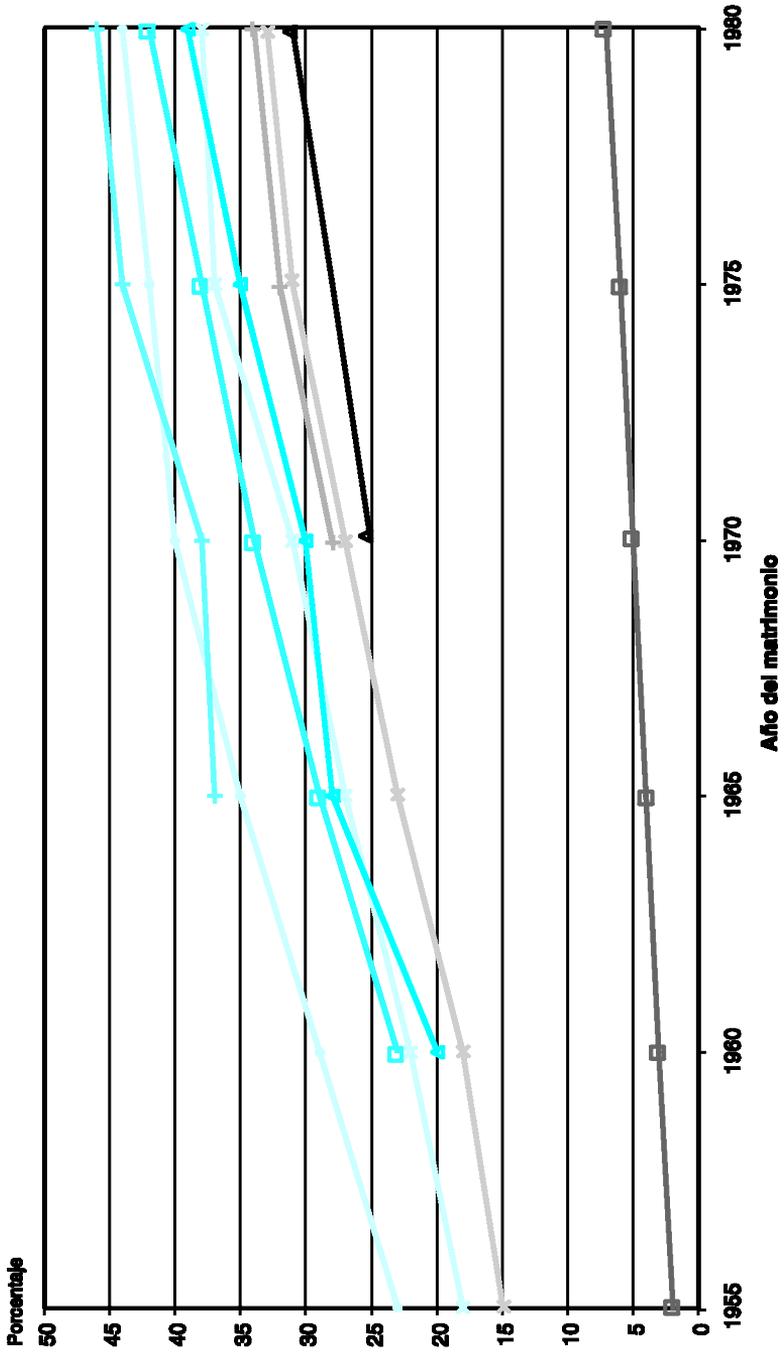
A. Las posibilidades de disolver un matrimonio en los años noventa son mucho mayores que en los sesenta (véanse los gráficos 1a y 1b). Es cierto que, a menudo, los divorciados vuelven a casarse (y a divorciarse de nuevo), pero el hecho de que el matrimonio sea cada vez más un acuerdo temporal y de que la mayor parte de los matrimonios sean nuevas uniones de personas previamente casadas está replanteando el concepto de familia. A finales de los años sesenta, las tasas brutas de divorcio (el número de divorcios por cien matrimonios) empezaron a elevarse primero en los Estados Unidos, después en Escandinavia, Reino Unido y Alemania, y acabaron alcanzando los niveles más altos de Europa en Dinamarca y Suecia. A mediados del decenio de 1980, más de uno de cada dos matrimonios estadounidenses terminaba en divorcio, y en Dinamarca y Suecia casi uno de cada dos. Y las tasas de ruptura matrimonial de otros países, como el Reino Unido, también crecieron muy rápidamente hasta llegar a los niveles escandinavos en 1985 aun partiendo de unas cifras mucho más bajas. En Francia y Alemania llegaron a superar el 30 por ciento del total de matrimonios. Sin embargo, esta pauta no es universal: a pesar de haberse liberalizado la legislación en este ámbito, en otros países como Italia y España las tasas de divorcio subieron con más lentitud y han seguido siendo relativamente bajas en los años noventa.

B. La mayor dificultad de conseguir que el matrimonio funcione, la mayor participación de las mujeres en la vida laboral, lo que parece una menor disposición de los hombres a casarse (Ehrenreich, 1983) y ahora, en los años noventa, la mayor inseguridad que rodea al empleo han retrasado la edad de contraer matrimonio y criar a los hijos, han hecho más frecuente la convivencia de personas solteras y han rebajado mucho las tasas de fecundidad (véase el cuadro 1). Las tasas de natalidad han caído por debajo de los niveles de reproducción demográfica en la mayor parte de Europa y en Japón. En los países industrializados de ingresos más bajos, el hecho de que en los años sesenta se contrajera el primer matrimonio a una edad más avanzada se debía en parte a la situación económica: las parejas casadas generalmente prefieren no vivir con los padres, pero en esos países tener una vivienda propia era difícil y por eso esperaban más para contraer matrimonio. En cambio, el retraso de la edad del matrimonio que se ha producido recientemente en la mayoría de los países industrializados está más relacionado con la incorporación de la mujer al mercado laboral y, en Europa, con lo difícil que les resulta a los jóvenes encontrar empleo. A finales del decenio de 1970, numerosas mujeres seguían una carrera profesional, por lo que retrasaban la maternidad y el matrimonio. En los Estados Unidos, el grupo de mujeres de más rápido crecimiento es el de las que tienen su primer hijo entre los 30 y los 35 años. El grupo mayoritario sigue siendo el de las que se casan antes de los 25 y tienen enseguida su primer hijo, pero está descendiendo porcentualmente mientras que aumenta el de las que tienen su primer hijo después de los 25 años.



Fuente: Eurostat, 1999, cuadro F-20.

Gráfico 1b. Porcentaje de matrimonios que concluyen en divorcio en algunos países industrializados de Europa, según el año del matrimonio, de 1955 a 1980



Fuente: Eurostat, 1989, cuadro F-22.

Cuadro 1. Tasas de fecundidad en algunos países industrializados, de 1970 a 1996 (hijos por mujer de 15 a 44 años de edad)

País	1970	1980	1990	1996
Alemania	2,0	1,6	1,5	1,3
Dinamarca	2,0	1,6	1,7	1,8
España	2,9	2,2	1,3	1,2
Estados Unidos	2,5	1,8	2,1	2,1
Francia	2,5	2,0	1,8	1,7
Italia	2,4	1,6	1,3	1,2
Japón	...	1,8	1,5	1,4
Países Bajos	2,6	1,6	1,6	1,5
Reino Unido	2,4	1,9	1,8	1,7
Suecia	1,9	1,7	2,1	1,6

Fuente: Eurostat, 1997.

C. Al haber menos y más tardíos matrimonios y menos hijos que criar, más divorcios y más familias monoparentales, y debido también al envejecimiento de la población, el porcentaje de personas que vivían en un hogar formado por una pareja casada o por una familia nuclear era en 1990 menor que en 1960. Además, al haber menos matrimonios y ser más tardíos, y al haber menos hijos por familia, los hombres y las mujeres tienen que dedicar mucho menos tiempo que antes, en el mejor momento de su vida, a la crianza de los hijos. Aunque no trabajen fuera de casa durante ese período, hoy las mujeres se dedican a atender a sus hijos pequeños y preadolescentes catorce años por término medio. A los hombres, en cambio, incluso cuando son la única fuente de ingresos del hogar y permanecen casados toda la vida, la familia les es menos costosa que antes y les quita menos tiempo de otras actividades. Así pues, la vida familiar con hijos pequeños es hoy mucho menos esencial para los adultos que hace treinta años. Es posible que actualmente se reflexione y se hable tanto como antes del ideal de vida familiar – la convivencia de padres e hijos, con la educación de éstos como objetivo esencial –, pero la realidad es muy distinta. La educación de los hijos está siendo relegada a un plano secundario en la vida de la gente.

Tan interesantes como estas pautas son las variaciones que hay entre unos países y otros. En un extremo del espectro observable en los principales países industrializados, las familias italianas y españolas suelen ajustarse mucho al modelo tradicional de familia nuclear, aunque actualmente tienen muy pocos hijos. En el otro extremo, las familias estadounidenses y escandinavas son las que han acusado un cambio estructural mayor, con altas tasas de divorcio y, en proporción, muchas menos familias nucleares. Sin embargo, en los decenios de 1980 y 1990 las tasas de natalidad fueron mucho más altas en los Estados Unidos y Escandinavia que en Italia y España. La de Suecia descendió a mediados de los años noventa, pero sigue estando por encima de los bajos niveles de la Europa meridional. Entre los dos extremos hay otros países: el Reino Unido y Francia están más cerca del extremo estadounidense y escandinavo, mientras

que Alemania y Japón se sitúan más cerca de Italia y España. Aunque la familia tradicional está en declive en todos estos países, todavía hay diferencias importantes causadas por la cultura, el ordenamiento laboral y los planes oficiales de apoyo a la familia, diferencias que afectan asimismo al mercado de trabajo. Por ejemplo, gracias a que en España e Italia siguen persistiendo más familias tradicionales, se soportan mejor las altas tasas de desempleo juvenil, pues muchos hijos adultos siguen viviendo con sus padres. Y, a su vez, la persistencia de unos mercados laborales tradicionales, bastante rígidos y sostenidos por esas estructuras familiares igualmente tradicionales, tiene efectos no deseados sobre la formación de nuevas familias.

También hay diferencias dentro de un mismo país. En los Estados Unidos, por ejemplo, los inmigrantes mexicanos y asiáticos suelen ser más tradicionales: tienen más hijos y tasas de divorcio más bajas y viven con más frecuencia en familias extensas. En Europa, los inmigrantes, sobre todo los norteafricanos, viven también en estructuras familiares más tradicionales que la gente de origen europeo.

Aun así, las mujeres más jóvenes de la población inmigrante y del extremo italiano y español del espectro están adoptando ante la vida familiar la misma actitud que las mujeres nativas de los Estados Unidos: retrasan el matrimonio, evitan la maternidad, prefieren trabajar a quedarse en casa y, si encuentran empleo, dejan a sus hijos con alguien (a menudo con sus padres) en vez de ocuparse de ellos durante todo el día. El acusado descenso de la fecundidad hasta niveles extraordinariamente bajos en España e Italia es otro síntoma de que en esos países la vida familiar tradicional está transformándose de manera radical y de que la concepción que las mujeres (y hasta cierto punto los hombres) tienen de ella está cambiando por doquier en el mundo desarrollado, lo cual hace pensar que muchas de las diferencias cuantitativas que se observan entre los países industrializados acaso se deban a los comportamientos de las mujeres de más edad, las cuales, a diferencia de las estadounidenses nativas, no suelen divorciarse aunque su matrimonio no sea feliz. Las diferencias pueden corresponder también a factores económicos, como el hecho de que, por la dificultad de encontrar empleo, los hijos permanecen en el hogar de sus padres mucho más tiempo en Europa que en los Estados Unidos. Es mayor el porcentaje de familias nucleares en esas situaciones, debido en parte a que el alto desempleo juvenil impide que los hijos se independicen y vivan por su cuenta.

Ahora bien, las tasas de natalidad más elevadas de las familias menos instruidas y de ingresos más bajos tienen importancia social, especialmente en el entorno mundializado de nuestros días. Podrían significar que la mayoría de los niños se está criando en familias que no pueden proporcionarles los niveles educativos cada vez más altos que exigen los mercados de trabajo. No se trata de que los hombres y las mujeres que poseen más instrucción sean mejores padres que los menos instruidos, sino de que, en la economía mundializada, para ser buenos padres se requiere mucha más información que antes y es mucho más lo que está en juego en la educación de los hijos. Por término medio, los padres menos instruidos están cada vez más en desventaja en lo que se refiere a preparar a sus hijos pequeños para alcanzar un buen rendimiento escolar.

El trabajo flexible y la nueva familia

Lejos de perder su importancia fundamental con respecto al trabajo, la familia será incluso más decisiva a medida que la economía se vaya orientando hacia una producción flexible y basada en el saber. En el mundo industrializado, son cada vez más numerosos los empleos que giran en torno a determinados conocimientos, no en torno a destrezas físicas; a ello hay que añadir que es probable que los trabajadores jóvenes de hoy tengan que adquirir otros conocimientos nuevos y distintos en diversos momentos de su carrera, conforme cambien de tipo de trabajo.

En un sistema de trabajo flexible, la familia está en el centro de la actividad productiva y reproductiva. Cuando es potencialmente fuerte (con un núcleo de dos adultos muy instruidos), funciona como un seguro que cubre el riesgo de los períodos de desempleo y como una fuente de desarrollo de la prole, de capital de inversión para la educación y la formación de adultos y niños, de conexiones para la búsqueda de empleo y el ascenso social, y de seguridad y perfeccionamiento personal. Si está unida a redes más amplias de información y comunicación, puede convertirse también en un unidad productiva.

Ahora bien, las bajas tasas de natalidad pueden ser una amenaza para la reproducción demográfica y el crecimiento económico futuros. Incluso en las sociedades más tradicionales, las tasas de divorcio seguirán creciendo casi con seguridad y luego se mantendrán en niveles altos, semejantes quizás a los de Estados Unidos y Escandinavia. Aun con las formas tradicionales de apoyo, si tanto los hombres como las mujeres tratan de criar a sus hijos y, a la vez, satisfacer sus aspiraciones personales de reconocimiento e integración social en su calidad de trabajadores remunerados, la mayor presión a la que someten a sus familias podría tener graves efectos negativos sobre la productividad de los adultos y el bienestar de los hijos. La producción flexible – con lo que exige de actividad individualizada y centrada en el trabajo –, la lucha de las mujeres por una mayor igualdad en el hogar y en el mercado de trabajo y la mayor importancia de la familia como unidad de inversión se combinan para determinar la forma que está adquiriendo la familia en la que sería la cuarta fase de su historia. La familia podría y debería ser la institución social que mitigara la tensión que provocan los procesos de desagregación del trabajo y de individualización de la vida social y económica. Pues bien, para que pueda desempeñar esa función esencial de hacer sostenible el trabajo, ha de redefinirse y fortalecerse en las nuevas condiciones culturales y tecnológicas a que se está llegando en los países industrializados.

¿Modelos de la nueva familia?

El modelo estadounidense está atrayendo a los empresarios y a muchos políticos europeos porque su potencial de creación de puestos de trabajo y de baja tasa de desempleo contrasta radicalmente con los deficientes resultados de Europa en estos dos frentes. Pero el reverso de la moneda de esos mercados flexibles al estilo estadounidense disminuye comprensiblemente su atractivo

para el europeo y el japonés medios: la flexibilidad favorece el crecimiento del empleo, pero en una economía tan desregulada como la estadounidense comporta también el estancamiento o incluso el descenso de los niveles salariales de una parte importante de los trabajadores, la mayoría de los cuales han de estar muy pendientes de conservar el empleo simplemente porque corren peligro de perderlo. La flexibilidad suele asimismo incrementar el número de horas que trabajan los miembros de la familia. Los mercados flexibles al estilo estadounidense incitan a los trabajadores poco calificados a trabajar más tiempo para ganar más, pues les impiden ganar más por el mismo número de horas. En los empleos muy calificados, la norma es que los salarios sean altos, pero sólo para quienes están dispuestos a someterse a una jornada sobrecargada, cumplen los plazos cruciales a cualquier precio y superan a los demás en el despiadado juego de la economía mundial. En algunas de estas ocupaciones, los incentivos económicos son grandes: los que mueven bien sus piezas pueden ganar mucho en pocos años. Por eso, los horarios prolongados tienen una recompensa potencialmente alta. Todo ello favorece el incremento de los beneficios y el crecimiento económico y eleva los ingresos familiares medios, pero a costa de menos seguridad en el empleo, una jornada más fatigosa en la familia y en el trabajo y más tensión e incomunicación individual.

Puede que los europeos y los japoneses admiren la vitalidad de la actual «máquina de creación de empleos» estadounidense, pero consideren que su sistema de relaciones laborales y familiares es demasiado costoso desde el punto de vista social. Conocen, gracias a los medios de comunicación, que en los Estados Unidos hay altos niveles de auténtica pobreza, deterioro de la calidad de vida, falta de atención a los niños, agotadoras jornadas dobles, largos desplazamientos hasta el lugar de trabajo, degradación de la enseñanza, violencia y un alto porcentaje de jóvenes negros y latinos en prisión. Lo normal en el país es vivir en ciudades que ya no son muy seguras para los niños y adolescentes, o en suburbios que también entrañan riesgos para los jóvenes, como lo demuestran los espeluznantes y cada vez más frecuentes asesinatos masivos en centros escolares de esos barrios. Según una encuesta nacional realizada en 1994, la pérdida de calidad de la atención a la infancia había alcanzado en el país proporciones críticas y el desarrollo de los niños estaba en peligro (Government Accounting Office, 1994). Todos los partidos y dirigentes políticos estadounidenses proponen, para solucionar los males sociales del país, una familia más sólida, pero su legislación social en apoyo de la familia está por debajo de la de los demás países industrializados. No es sólo que la mayoría de los niños viva en familias rotas por el divorcio (Chira, 1995); más de un tercio vive también en la pobreza o cerca de ella. En algunas minorías étnicas, la crisis de la familia es muy profunda y contribuye de manera decisiva a que un amplio sector de esa población siga teniendo la condición de clase marginada (Wilson, 1987). Alrededor de la mitad de los niños afroamericanos son concebidos fuera del matrimonio y muchos no conocen a sus padres (Jaynes y Williams, 1990). No se trata sólo de que las madres menos instruidas tengan más hijos que las que poseen un nivel de instrucción superior (sucede también en otros países industrializados); es asimismo muy frecuente que críen a sus hijos en condiciones económicas rela-

tivamente peores, con menos acceso que en la mayoría de los demás países del mundo industrializado a las guarderías y los servicios educativos para la primera infancia.

El tercer argumento que esgrimen los europeos que ven con ojos críticos el modelo estadounidense de trabajo flexible es que en él se hace cada vez más hincapié en el trabajo y los ingresos como finalidad de la existencia humana. No es éste un fenómeno completamente nuevo en los Estados Unidos, mas, debido a la competencia enconada que impone la economía mundial y a la capacidad de funcionar 24 horas al día para aumentar la productividad – capacidad que está aumentando rápidamente –, el trabajador ideal es el que no duerme, no consume, no tiene hijos y no pierde el tiempo haciendo vida social fuera del trabajo. Como sostiene Hochschild (1997), al empresario le interesa que el lugar de trabajo sea socialmente más atractivo para el personal, pues así estará dispuesto a pasar más tiempo en él, pero también le interesa que los trabajadores piensen que, si no quieren dedicar más horas a la empresa, encontrará a otros que estarán dispuestos a hacerlo.

Claro está que la organización socialmente atractiva del trabajo no es del todo ajena a los japoneses ni a muchos europeos. En el Japón, los trabajadores tienen fama de poner la lealtad a la empresa por encima de casi todo y las empresas de exigir esa lealtad a cambio de un empleo garantizado. De hecho, muchos de los métodos que utilizan las firmas estadounidenses y europeas para crear un espíritu de empresa y dedicación los han importado del Japón. En este país, lealtad a la empresa significa trabajar muchas horas. En 1979, el asalariado japonés trabajaba al año doscientas horas más en promedio que el estadounidense; todavía hoy, después de varios años de recesión, trabaja sólo unas pocas horas menos que el estadounidense, que es el que tiene el récord de todos los países industrializados. Pero en el Japón esta larga jornada la cumplen sobre todo los hombres; las mujeres casadas y con hijos suelen no trabajar o hacerlo a tiempo parcial. Como las relaciones familiares tradicionales están relativamente intactas, se ha conservado la lealtad masculina a la empresa y la lealtad femenina a la familia. Es posible que hoy haya menos familias japonesas con hijos que hace una generación, pero las que los tienen suelen dividir sus obligaciones laborales y familiares conforme al reparto tradicional de funciones entre los sexos.

Puede que los europeos no sean leales a la empresa al modo de los japoneses, pero son muchos los varones que gozan de garantías laborales similares a las de aquéllos. Además, los europeos trabajan muchas menos horas. Aunque los datos de la OCDE sobre el tiempo trabajado no son estrictamente comparables, ponen de manifiesto que, incluso a mediados del decenio de 1980, antes de los actuales problemas de empleo, los trabajadores franceses, alemanes, italianos y británicos estudiados trabajaban muchas menos horas que los estadounidenses, situación que se ratifica en un libro de la OIT publicado recientemente (OIT, 1999).

Por lo tanto, aunque prometen algo tan necesitado como es más empleo, la mayoría de los europeos y los japoneses no desea trabajar en unos mercados laborales flexibles al estilo estadounidense, a pesar de que, hasta cierto punto,

ya lo está haciendo. En la mayor parte de Europa, esto no obedece al temor a que más mujeres se incorporen al mercado de trabajo, ni a la probable modificación de las relaciones entre el hombre y la mujer. Son ya muchas las mujeres que se han sumado a la población activa y las relaciones entre los sexos han cambiado en la mayoría de los países sin necesidad de implantar la flexibilidad estadounidense en materia de contratación y despido². Tampoco hay mucha resistencia a la posible difusión del trabajo a tiempo parcial y temporal. A finales de los años setenta, los países escandinavos y algunos otros, como el Reino Unido y el Japón, tenían tasas de trabajo a tiempo parcial iguales o incluso superiores a la de los Estados Unidos. En el Japón, tampoco se trata de un problema de mayor entrega al trabajo: los hombres tienen una relación muy intensa con su actividad laboral y, con todo, parece que prefieren que sus mujeres se queden en casa. En Europa, en cambio, incrementar la jornada laboral para conseguir el pleno empleo podría plantear graves problemas políticos.

Ninguna de estas razones explica la importante resistencia a los mercados de trabajo flexibles al estilo estadounidense. La explicación más verosímil es más bien que los europeos y los japoneses entienden que ese tipo de flexibilidad sería perjudicial para sus subidas salariales, su integración social a través de las prestaciones sociales que la actividad laboral acarrea y la relación que han establecido entre la familia, el trabajo y el tiempo libre; esta relación limita en Europa la capacidad de los empresarios de exigir horarios laborales muy intensos durante todo el año, y en el Japón es un obstáculo para que las mujeres casadas se vean atraídas por la actividad profesional a tiempo completo.

Sin embargo, la resistencia a la flexibilidad estadounidense no significa que la organización japonesa y europea del trabajo no haya cambiado, ni tampoco que los trabajadores europeos y japoneses puedan conservar las relaciones laborales y familiares actuales: hasta cierto punto, ya están experimentando un proceso de transformación. Tampoco significa, en fin, que el actual sistema de trabajo de los Estados Unidos sea socialmente deseable o incluso sostenible. Con ello queda pendiente la cuestión de cuál va a ser a este respecto la situación final de Europa, Japón y Estados Unidos en la nueva economía mundial.

Consecuencias en el campo programático

Cabría sostener que una situación final deseable sería la que reflejase una mayor presencia del componente «saber» en el trabajo en general. Los países industrializados están convirtiéndose rápidamente en sociedades de conocimientos, en las que la producción de riqueza ya no se basa en la materia prima, la fuerza humana o las máquinas, sino en las aptitudes de comunicación y cooperación y en las facultades cognitivas. Como el saber es ahora mucho más importante para el trabajo y como, además, la identidad de la mujer está ahora más estrechamente asociada a la capacidad de obtener ingresos, la formación de la familia está cada vez más determinada por la pauta de adquisición de esos

² En el Japón, sin embargo, plantea más problemas el trabajo de la mujer casada.

conocimientos (por ejemplo, el tiempo que se dedique al perfeccionamiento profesional y a labrarse una carrera). De ahí que la calidad de la vida familiar se medirá cada vez más por las oportunidades de aprendizaje de que dispongan los adultos y por la capacidad de éstos para dar, a su vez, oportunidades de aprendizaje a sus hijos. En las capas sociales de ingresos medios y altos de los países industrializados ya se puede apreciar la gran importancia que se concede al aprendizaje a la hora de adoptar las decisiones fundamentales de la vida, y así las mujeres están optando por consolidar una carrera profesional antes de tener hijos. La existencia en Europa y Japón de guarderías subvencionadas para niños de todas las edades y su inexistencia en los Estados Unidos influyen en la sostenibilidad de los matrimonios y en el número y espaciamiento de los hijos, sobre todo en el caso de las parejas de profesionales. Ese comportamiento condicionado por el aprendizaje como factor principal de la formación de la familia, que ahora se limita a los jóvenes con estudios superiores, acabará extendiéndose al resto de la población del mismo modo que la reducción de la fecundidad de la clase media se difundió a la clase obrera a principios del siglo XX.

Toda vez que los conocimientos y la información llegan a desempeñar una función tan importante en el trabajo flexible, en la formación de la familia y en las relaciones familiares, los sistemas de apoyo orientados a mejorar tanto la productividad individual como la vida familiar deberían girar cada vez más en torno al mayor acceso de niños y adultos a posibilidades de aprendizaje de gran calidad. La integración de los hogares en las redes de aprendizaje es la pieza clave de un sistema laboral flexible basado en el saber. Las políticas oficiales de sostén a la familia son fundamentales para esta integración, puesto que el Estado es la única institución que cuenta con los recursos materiales necesarios para apoyar las inversiones de los hogares en sus miembros y que tiene la responsabilidad política de hacerlo. Esas políticas han de mejorar la capacidad de la familia de invertir en aprendizaje sin inmiscuirse en su libertad de decisión. El Estado puede cumplir esa misión ayudando a las familias a adquirir educación para sus hijos aunque los padres tengan un horario de trabajo flexible; ofreciendo a los padres nuevas posibilidades de proseguir su educación y su formación profesional; garantizando la atención sanitaria a la familia incluso cuando sus miembros adultos estén desempleados o estudiando; facilitando el acceso de los jóvenes y de los padres actuales y futuros a formación en materia de cuidado y desarrollo de los niños; utilizando medidas fiscales para recompensar a las familias que inviertan en educación y, por último, aplicando estrictamente leyes que garanticen que los padres, estén casados o no, vivan juntos o separados, contribuyan económicamente a sostener a sus hijos.

La adquisición de conocimientos depende en gran medida del desarrollo durante la primera infancia, etapa de la vida que por lo general transcurre en la familia. Pues bien, la mayoría de los padres carece de conocimientos en materia de desarrollo infantil y, además, en el modelo de mercado libre angloestadounidense, la sociedad en conjunto presta poca atención a los primeros años de aprendizaje del niño, que son decisivos. Se trata, de nuevo, de un residuo de la sociedad preindustrial e industrial, en que los conocimientos que los niños adquirirían en la escuela eran mucho menos importantes para su vida laboral futura.

Los países industrializados que han sido especialmente sensibles a la necesidad de asegurar el bienestar de los niños cuando sus dos progenitores trabajan – o el único en el caso de las familias monoparentales –, o incluso de dar un respiro a las mujeres que no trabajan, han creado un sistema subvencionado y de calidad de guarderías diurnas, que en los países escandinavos y en Francia son el pilar fundamental de la política familiar. Más recientemente, en el Japón se han abierto centros de este tipo para madres trabajadoras, con una buena dotación de personal (Kristof, 1995, y Hewlett, 1991). En las guarderías públicas de todos estos países trabajan profesores titulados y con buena preparación especializados en la instrucción preescolar.

Además de ese apoyo al desarrollo del niño durante sus primeros años de vida, las autoridades han de velar por que las escuelas sean también centros de aprendizaje de la comunidad, donde los padres puedan dejar a sus hijos en un entorno instructivo mientras ellos están trabajando o estudiando y durante la parte de las vacaciones escolares que no coincide con las suyas. Los centros de aprendizaje de la comunidad deberían ser también lugares donde los padres o las personas mayores participaran en diversas modalidades de perfeccionamiento personal, unas relacionadas con la educación de sus hijos y otras con actividades de adultos, por ejemplo cursos de gestión empresarial para los trabajadores por cuenta propia. Las instituciones educativas ya existentes en el ámbito local – desde las escuelas primarias y secundarias hasta los centros de enseñanza superior y las universidades – son los sitios lógicos alrededor de los cuales el Estado puede construir redes de aprendizaje para todas las edades, que funcionen todos los días del año al servicio de todos los hogares, con independencia de que los padres sean asalariados, trabajadores por cuenta propia o desempleados. No obstante, estas instituciones deben adaptarse a las necesidades propias de las distintas comunidades. En las de ingresos bajos, por ejemplo, la demanda de educación infantil a jornada completa e incluso de educación de adultos puede ser mucho mayor que en las de ingresos altos. La asignación de los recursos públicos a la educación debería intentar satisfacer esas necesidades dentro de una política integral de igualdad de oportunidades y de protección social, particularmente porque las familias menos instruidas tienen más hijos pero menos capacidad de facilitarles la información y las redes que necesitan para llegar a ser productivos en una economía flexible y con gran intensidad de conocimientos.

¿Qué modelo parece más adecuado para atender esta necesidad de integración? La versión estadounidense ofrece la clara ventaja de la gran flexibilidad de su sistema educativo, en el que los jóvenes y los adultos pueden abandonar los estudios superiores y reanudarlos más adelante, cambiar de estudios y reciclarse para iniciar nuevas carreras profesionales a cualquier edad. En los Estados Unidos han sido sobre todo las mujeres las que han aprovechado esa flexibilidad para organizar su reingreso en la fuerza de trabajo después de criar a sus hijos o divorciarse. En los decenios de 1970 y 1980, la matriculación en estudios superiores creció sobre todo entre las mujeres de 30 años o más que volvían a la universidad para formarse de cara a una actividad laboral distinta. En ese sistema flexible existen asimismo módulos complementarios de la educa-

ción pública básica, como los programas privados de tutoría después del horario escolar.

Con todo, el modelo estadounidense tiene inconvenientes notables a la hora de satisfacer las necesidades de conocimientos que exige la economía flexible. Ni los estadounidenses ni sus dirigentes políticos parecen dispuestos a afrontar la crisis pública de la familia y la pobreza infantil que conlleva. Una manera de hacerlo sería invertir cantidades ingentes en una educación pública de buena calidad para los niños de familias de ingresos bajos. Los centros de desarrollo infantil, tan esenciales en los planteamientos oficiales europeos del problema de los hogares pobres, casi no existen en los Estados Unidos. En el futuro, las escuelas no tendrán que limitarse a impartir educación a la primera infancia, pues, probablemente, habrán de ser también «centros de conocimientos» para la comunidad, abiertos desde el amanecer hasta la noche.

En Europa y en Japón, los sistemas educativos son mucho más rígidos que en los Estados Unidos. En Francia, Italia o Alemania no es fácil seguir una formación de adultos, y es poco frecuente que los jóvenes se reincorporen al sistema educativo después de haberlo abandonado. Tampoco es fácil cambiar de estudios universitarios. A las mujeres que tratan de forjarse una nueva identidad no les sirve de mucho un sistema educativo que está volcado en la juventud y que es muy lineal. Por eso resulta difícil buscar en la educación soluciones a la crisis de la familia tradicional.

No obstante, a pesar de que están cada vez más desilusionados con el Estado en muchos planos, los europeos continentales (y los escandinavos, más flexibles en materia educativa) propenden mucho más que los estadounidenses (o que los británicos o los australianos) a aceptar que el sector público ha de promover la igualdad de oportunidades y prestar servicios importantes. En el Japón no son tanto las instituciones públicas como las organizaciones empresariales las que ofrecen sistemas de apoyo a todos los grupos de edad, pero, al igual que en la Europa continental y en los países escandinavos, la sociedad japonesa es relativamente homogénea y posee un sentimiento de responsabilidad colectiva.

¿Cabe esperar que ese sentimiento de responsabilidad colectiva, esa voluntad de destinar cuantiosos fondos públicos a establecer una buena organización educativa para la primera infancia, se extienda a la implantación de sistemas flexibles gracias a los cuales la gente pueda adquirir en cualquier momento de su vida los conocimientos que exigen las cambiantes necesidades de la familia? ¿O serán los ciudadanos o los dirigentes políticos quienes, aprovechando aún más la ventaja que hoy les ofrece la educación flexible, asuman la responsabilidad de instaurar una educación temprana de elevada calidad y financiada por el Estado, más otras modalidades de educación familiar y apoyo mediante redes?

La manera como la comunidad y los poderes públicos aborden la educación será fundamental para la viabilidad de estas sociedades en el futuro de alta velocidad que nos espera. Obviamente, la capacidad que tiene un sistema económico de innovar y organizar la producción de bienes y servicios es decisiva en un sistema mundial competitivo; pero también lo es la cohesión social, y la

familia – que es la institución que más asegura esa cohesión – necesita ayuda en una época en la que se impone la producción flexible y se replantean las relaciones entre los sexos. La capacidad de una sociedad para prestar esa ayuda y la voluntad de hacerlo, especialmente a través del apoyo al aprendizaje y a las redes que se facilitan a las familias que apenas pueden acceder a él por sus propios medios, tendrán a la larga una importancia fundamental a la hora de mantener la innovación y los sistemas de trabajo.

Bibliografía citada

- Ascher, François. 1998. *La République contre la ville*. París, L'Aube.
- Cherlin, Andrew. 1981. *Marriage, divorce, remarriage*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Chira, Susan. 1995. «Struggling to find stability when divorce is a pattern», en *The New York Times* (Nueva York), 19 de marzo de 1995, pág. 1.
- Calhoun, Arthur. 1919. *Social history of the American family*. Vol. 3: *Since the Civil War*. Cleveland (Ohio), Arthur Clarke Co., citado en Ehrenreich (1983), pág. 4.
- Ehrenreich, Barbara. 1983. *The hearts of men*. Nueva York, Anchor Press.
- Eurostat. 1997. *Statistics in focus — Population and social conditions, 1970-1990*, núm. 10. Luxemburgo, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas.
- . 1999. *Demographic statistics, 1998 edition*. Luxemburgo, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas.
- Government Accounting Office. 1994. *Child care: Promoting quality in family child care*. GAO/HEHS-95-36. Washington. Diciembre.
- Hewlett, Sylvia Ann. 1991. *When the bough breaks*. Nueva York, Basic Books.
- Hochschild, Arlie Russell. 1997. *The time bind: When work becomes home and home becomes work*. Nueva York, Henry Holt and Co.
- Jaynes, Gerald, y Williams, Robin (directores). 1990. *A common destiny*. Washington, National Academy of Sciences.
- Kristof, Nicolas D. 1995. «Yokohama Journal; Japan invests in a growth stock: Good day care», en *The New York Times* (Nueva York), 26 de enero.
- OIT. 1999. *Key indicators of the labour market 1999*. Ginebra.
- Wilson, William Julius. 1987. *The truly disadvantaged: The inner city, the underclass, and public policy*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Young, Michael, y Willmott, Peter. 1973. *The symmetrical family*. Londres, Routledge and Kegan Paul.